ERIK H. ERIKSON

INFANCIA
Y
SOCIEDAD

Prólogo a la segunda edición en castellano por el
Dr. EMILIO RODRIGUÉ

EDICIONES HORMÉ S. A. E.

Distribución exclusiva
EDITORIAL PAIDÓS

BUENOS AIRES

Título del original inglés

CHILDHOOD AND SOCIETY

Editado por W. W. Norton Company Inc. N. York

Traducción de la segunda edición
norteamericana corregida y aumentada por

NOEMÍ ROSENBLATT

11a. edición: 1987

I. S. B. N. 950 - 618 - 000 - 8

©

Copyright de todas las ediciones en castellano por
EDICIONES HORMÉ S. A. E.
Castillo 540 Buenos Aires

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723
IMPRESO EN LA ARGENTINA

CAPITULO 7

OCHO EDADES DEL HOMBRE

1. CONFIANZA BASICA VERSUS DESCONFIANZA BASICA

La primera demostración de confianza social en el niño pequeño es la facilidad de su alimentación, la profundidad de su sueño y la relación de sus intestinos. La experiencia de una regulación mutua entre sus capacidades cada vez más receptivas y las técnicas maternales de abastecimiento, lo ayuda gradualmente a contrarrestar el malestar provocado por la inmadurez de la homeostasis con que ha nacido. En sus horas de vigilia, cuyo número va en aumento, comprueba que aventuras cada vez más frecuentes de los sentidos despiertan una sensación de familiaridad, de coincidencia con un sentimiento de bondad interior. Las formas del bienestar, y las personas asociadas a ellas, se vuelven tan familiares como el corrosivo malestar intestinal. El primer logro social del niño, entonces, es su disposición a permitir que la madre se aleje de su lado sin experimentar indebida ansiedad o rabia, porque aquélla se ha convertido en una certeza interior así como en algo exterior previsible. Tal persistencia, continuidad e identidad de la experiencia proporcionan un sentimiento rudimentario de identidad yoica que depende, según creo, del reconocimiento de que existe una población interna de sensaciones e imágenes recordadas y anticipadas que están firmemente correlacionadas con la población externa de cosas y personas familiares y previsibles.

Lo que aquí llamamos confianza coincide con el término utilizado por Therese Benedek. Si prefiero esta palabra es porque hay en ella más ingenuidad y mutualidad: se puede decir que un niño tiene confianza y, en cambio, sería ir demasiado lejos afirmar que experimenta seguridad. Además, el estado general de confianza implica no sólo que uno ha aprendido a confiar en la mismidad y la continuidad de los proveedores externos, sino también que uno puede confiar en uno mismo y en la capacidad de los propios órganos para enfrentar las urgencias, y que uno es capaz de considerarse suficientemente digno de confianza como para que los proveedores no necesiten estar en guardia para evitar un mordisco.

El ensayo y la verificación constantes de la relación entre adentro y afuera tiene su prueba crucial durante las rabietas de la etapa del morder, cuando los dientes provocan dolor desde adentro y cuando los amigos externos demuestran no servir de mucho o se apartan de la única acción que parece ofrecer algún alivio: morder. No se trata de que la aparición de los dientes provoque todas las horribles consecuencias que a veces se le atribuyen. Como ya se señaló, el niño se ve ahora llevado a "tomar" más, pero las presencias deseadas tienden a eludirlo: el pezón y el pecho, y la atención y el cuidado concentrados de la madre. La aparición de los dientes parece tener una significación prototípica y podría muy bien constituir el modelo de la tendencia masoquista a lograr un bienestar cruel disfrutando con el propio dolor toda vez que a uno le resulta imposible impedir una pérdida significativa.

En psicopatología, la mejor manera de estudiar la ausencia de confianza básica consiste en observarla en la esquizofrenia infantil, mientras que la debilidad subyacente de esa confianza a lo largo de toda una vida resulta evidente en las personalidades adultas en las que es habitual un retraimiento hacia estados esquizoides y depresivos. Se ha comprobado que en tales casos, el restablecimiento de un estado de confianza constituye el requisito básico para la terapia, pues cualesquiera hayan sido las circunstancias que provocaron un derrumbe psicótico, el carácter bizarro y el retraimiento de la conducta de muchos individuos muy enfermos oculta un intento por recuperar la mutualidad social mediante una verificación de las líneas fronterizas entre los sentidos y la realidad física, entre las palabras y los significados sociales.

El psicoanálisis supone que el temprano proceso de diferenciación entre adentro y afuera es el origen de la proyección y la introyección que permanecen como dos de nuestros más profundos y peligrosos mecanismos de defensa. En la introyección sentimos y actuamos como si una bondad exterior se hubiera convertido en una certeza interior. En la proyección, experimentamos un daño interno como externo: atribuimos a personas significativas el mal que en realidad existe en nosotros. Se supone, entonces, que estos dos mecanismos, la proyección y la introyección, están modelados según lo que tiene lugar en los niños cuando éstos quieren externalizar el dolor e internalizar el placer, intento que en última instancia debe ceder ante el testimonio de los sentidos en maduración y, en última instancia, de la razón. En la edad adulta, estos mecanismos reaparecen, más o menos normalmente, en las crisis agudas del amor, la confianza y la fe y pueden caracterizar

las actitudes irracionales hacia los adversarios y los enemigos en las masas de individuos "maduros".

El firme establecimiento de patrones perdurables para la solución del conflicto nuclear de la confianza básica versus la desconfianza básica en la mera existencia constituye la primera tarea del yo, y por ende, en primer lugar, una tarea para el cuidado materno. Pero corresponde decir aquí que la cantidad de confianza derivada de la más temprana experiencia infantil no parece depender de cantidades absolutas de alimento o demostraciones de amor, sino más bien de la cualidad de la relación materna. Las madres crean en sus hijos un sentimiento de confianza mediante ese tipo de manejo que en su cualidad combina el cuidado sensible de las necesidades individuales del niño y un firme sentido de confiabilidad personal dentro del marco seguro del estilo de vida de su cultura. Esto crea en el niño la base para un sentimiento de identidad que más tarde combinará un sentimiento de ser "aceptable", de ser uno mismo y de convertirse en lo que la otra gente confía en que uno llegará a ser. Por lo tanto, dentro de ciertos límites previamente definidos como los "debe" del cuidado infantil, hay pocas frustraciones en ésta o en las etapas siguientes que el niño en crecimiento no pueda soportar, si la frustración lleva a la experiencia siempre renovada de una mayor mismidad y una continuidad más marcada del desarrollo, a una integración final del ciclo de vida individual con algún sentimiento de pertenencia significativa más amplia. Los padres no sólo deben contar con ciertas maneras de guiar a través de la prohibición y el permiso, sino que también deben estar en condiciones de representar para el niño una convicción profunda, casi somática, de que todo lo que hacen tiene un significado. En última instancia, los niños no se vuelven neuróticos a causa de frustraciones, sino de la falta o la pérdida de significado social en esas frustraciones.

Pero incluso bajo las circunstancias más favorables, esta etapa parece introducir en la vida psíquica un sentimiento de división interior y de nostalgia universal por un paraíso perdido, del que se convierte en prototipo. La confianza básica debe mantenerse a través de toda la vida precisamente frente a esta poderosa combinación de un sentimiento de haber sido despojado, dividido, y abandonado.

Cada etapa y crisis sucesiva tiene una relación especial con uno de los elementos básicos de la sociedad, y ello por la simple razón de que el ciclo de la vida humana y las instituciones del hombre han evolucionado juntos. En este capítulo sólo podemos mencionar, después de describir cada etapa, qué elemento básico de la organización social está relacionado con ella. Se trata de

una relación doble: el hombre trae a esas instituciones los restos de su mentalidad infantil y su fervor juvenil, y recibe de ellas, siempre y cuando logren conservar su realidad, un refuerzo para sus adquisiciones infantiles.

La fe de los padres que sustenta la confianza que emerge en el recién nacido, ha buscado a través de toda la historia su salvaguardia institucional (y ha encontrado a veces su más grande enemigo) en la religión organizada. La confianza nacida del cuidado es, de hecho, la piedra de toque de la *realidad* de una religión dada. Todas las religiones tienen en común el abandono periódico de tipo infantil en manos de un Proveedor o proveedores que dispensan fortuna terrenal así como salud espiritual; alguna demostración de la pequeñez del hombre a través de una postura disminuida y un gesto humilde; la admisión en la plegaria y en la canción de malas acciones, de malos pensamientos y malas intenciones; una ferviente súplica de unificación interior a través de la guía divina; y, por último, la comprensión de que la confianza individual debe convertirse en una fe común, la desconfianza individual en un mal comúnmente formulado mientras que la restauración del individuo debe llegar a formar parte de la práctica ritual de muchos y convertirse en un signo de confiabilidad en la comunidad[38]. Hemos ilustrado la forma en que las tribus que se manejan con un solo sector de la naturaleza desarrollan una magia colectiva que parece tratar a los Proveedores Sobrenaturales del alimento y la fortuna como si estuvieran enojados y fuera necesario apaciguarlos a través de la plegaria y la autotortura. Las religiones primitivas, la capa más primitiva en todas las religiones, y la veta religiosa en cada individuo, abundan en esfuerzos de expiación que intentan compensar vagas acciones cometidas contra una matriz materna y restablecer la fe en la bondad de los propios esfuerzos y en la de los poderes del universo.

Cada sociedad y cada edad deben encontrar la forma institucionalizada de veneración que deriva vitalidad de su imagen del mundo, de la predestinación a la indeterminación. El clínico sólo puede observar que muchos se enorgullecen de carecer de una religión a pesar de que sus hijos sufren las consecuencias de esa carencia. Por otro lado, hay muchos que parecen derivar una fe vital de la acción social o la actividad científica. Y, asimismo, hay muchos que profesan una fe, pero en la práctica desconfían de la vida y del hombre.

[38] Este es el aspecto comunitario y psicosocial de la religión. Su relación a menudo paradójica con la espiritualidad del individuo no constituye un tema que pueda tratarse en forma breve y superficial (véase *Young Man Luther*). (E. H. E.)

2. AUTONOMIA VERSUS VERGUENZA Y DUDA

Al describir el crecimiento y las crisis del ser humano como una serie de actitudes básicas alternativas tales como confianza y desconfianza, recurrimos al término "sentimiento de", aunque al igual que un "sentimiento de salud", o un "sentimiento de no estar bien", u otros similares, se infiltra en la superficie y la profundidad, en la conciencia y en el inconsciente. Son pues, al mismo tiempo, maneras de *experimentar* accesibles a la introspección; maneras de *comportarse*, observables por otros; y *estados interiores* inconscientes que resulta posible determinar a través de tests y del análisis. Es importante tener presente estas tres dimensiones a medida que avancemos.

La maduración muscular prepara el escenario para la experimentación con dos series simultáneas de modalidades sociales: aferrar y soltar. Como ocurre con todas esas modalidades, sus conflictos básicos pueden llevar en última instancia a expectativas y actitudes hostiles o bondadosas. Así, aferrar puede llegar a significar retener o restringir en forma destructiva y cruel, y puede convertirse en un patrón de cuidado: tener y conservar. Asimismo, soltar puede convertirse en una liberación hostil de fuerzas destructivas, o bien en un afable "dejar pasar" y "dejar vivir".

Por lo tanto, el control exterior en esta etapa debe ser firmemente tranquilizador. El niño debe llegar a sentir que la fe básica en la existencia, que es el tesoro perdurable salvado de las rabietas de la etapa oral, no correrá peligro ante su súbito cambio de actitud, este deseo repentino y violento de elegir por su propia cuenta, de apoderarse de cosas con actitud exigente y de eliminar empecinadamente. La firmeza debe protegerlo contra la anarquía potencial de su sentido de discriminación aún no adiestrado, su incapacidad para retener y soltar con discreción. Al tiempo que su medio ambiente lo alienta "a pararse sobre sus propios pies", debe protegerlo también contra las experiencias arbitrarias y carentes de sentido de la vergüenza y la temprana duda.

Este último peligro es el que mejor conocemos, pues si se niega al niño la experiencia gradual y bien guiada de la autonomía de la libre elección (o si se la debilita mediante una pérdida inicial de la confianza) aquél volverá contra sí mismo toda su urgencia de discriminar y manipular. Se sobremanipulará a sí mismo, desarrollará una conciencia precoz. En lugar de tomar posesión de las cosas, a fin de ponerlas a prueba mediante una repetición intencional, llegará a obsesionarse con su propia repetitividad. Mediante tal obsesión, desde luego, aprende entonces a reposeer el

medio ambiente y a adquirir poder mediante un control empecinado y detallado, donde le resulta imposible encontrar una regulación mutua en gran escala. Esa falsa victoria es el modelo infantil para una neurosis compulsiva. También constituye la fuente infantil de intentos posteriores en la vida adulta por gobernar según la letra y no según el espíritu.

La vergüenza es una emoción insuficientemente estudiada, porque en nuestra civilización se ve muy temprana y fácilmente absorbida por la culpa. La vergüenza supone que uno está completamente expuesto y consciente de ser mirado: en una palabra, consciente de uno mismo. Uño es visible y no está preparado para ello; a ello se debe que soñemos con la vergüenza como una situación en la que nos observan fijamente mientras estamos desnudos, con ropa de dormir o, "con los pantalones bajos". La vergüenza se expresa desde muy temprano en un impulso a ocultar el rostro, a hundirse, en ese preciso instante, en el suelo. Pero creo que se trata en esencia de rabia vuelta contra el sí mismo. Quien se siente avergonzado quisiera obligar al mundo a no mirarlo, a no observar su desnudez. Quisiera destruir los ojos del mundo. En cambio, lo único que puede desear es su propia invisibilidad. Esta potencialidad se utiliza abundantemente en el método educativo que consiste en "avergonzar" y que algunos pueblos primitivos utilizan en forma tan exclusiva. La vergüenza visual precede a la culpa auditiva, que es un sentimiento de maldad que uno experimenta en total soledad, cuando nadie observa y cuando todo está en silencio, excepto la voz del superyó. Esa vergüenza explota un creciente sentimiento de pequeñez, que puede desarrollarse sólo cuando el niño es capaz de ponerse de pie y percibir las medidas relativas de tamaño y poder.

La provocación excesiva de vergüenza no lleva al niño a una corrección genuina, sino a una secreta decisión de tratar de hacer las cosas impúnemente, sin que nadie lo vea, cuando no trae como resultado una desafiante desvergüenza. Hay una notable balada norteamericana en la que un asesino a quien se colgará ante los ojos de la comunidad, en lugar de sentirse justamente castigado, comienza a burlarse de los presentes, concluyendo cada frase de desafío con estas palabras: "Dios maldiga vuestros ojos". Más de un niño pequeño, al que se ha hecho avergonzar más allá de lo que puede soportar, experimenta permanentes deseos (aunque sin contar con el valor o las palabras) de expresar su desafío en términos similares. Lo que quiero dar a entender a través de esta siniestra referencia, es que hay un límite para la capacidad del niño y el adulto para soportar la exigencia de que se considere a sí mismo, su cuerpo y sus deseos, como malos y sucios, y para su

creencia en la infalibilidad de quienes emiten ese juicio. Puede mostrarse propenso a dar vuelta las cosas, a considerar como malo sólo el hecho de que esas personas existen: su oportunidad llegará cuando se hayan ido, o cuando él se haya alejado.

La duda es hermana de la vergüenza. Cuando la vergüenza depende de la conciencia de estar vertical y expuesto, la duda, según me lleva a creer la observación clínica, tiene mucho que ver con la conciencia de tener un reverso y un anverso, y sobre todo un "detrás". Pues esa área del cuerpo, con su foco agresivo y libidinal en los esfínteres y en las nalgas, queda fuera del alcance de los ojos del niño, y en cambio puede estar dominada por la voluntad de los otros. El "atrás" es el continente oscuro del pequeño ser, un área del cuerpo que puede ser mágicamente dominada y efectivamente invadida por quienes se muestran dispuestos a atacar el propio poder de autonomía y quienes califican en términos duros esos productos de los intestinos que el niño sintió como buenos al expulsarlos. Este sentimiento básico de duda con respecto a todo lo que uno ha dejado atrás, constituye un sustrato para formas posteriores y más verbales de duda compulsiva; encuentra su expresión adulta en temores paranoicos concernientes a perseguidores ocultos y a persecuciones secretas que amenazan desde atrás (y desde adentro de ese atrás).

Esta etapa, por lo tanto, se vuelve decisiva para la proporción de amor y odio, cooperación y terquedad, libertad de autoexpresión y su supresión. Un sentimiento de autocontrol sin la pérdida de la autoestimación da origen a un sentimiento perdurable de buena voluntad y orgullo; un sentimiento de pérdida del autocontrol y de un sobrecontrol foráneo da origen a una propensión perdurable a la duda y la vergüenza.

Si algún lector considera que las potencialidades "negativas" de nuestras etapas están en todo esto algo exageradas, debemos recordarle que no se trata tan sólo del resultado de una preocupación por los datos clínicos. Los adultos, incluyendo a los aparentemente maduros y no neuróticos, se muestran muy susceptibles con respecto a una posible y vergonzosa pérdida de prestigio y un temor a ser atacados "por detrás", lo cual no sólo es sumamente irracional y contradictorio con respecto al conocimiento que poseen, sino que puede ser de tremenda importancia si ciertos sentimientos relacionados influyen, por ejemplo, sobre las actitudes interraciales e internacionales.

Hemos relacionado la confianza básica con la institución de la religión. La necesidad perdurable del individuo de que su voluntad esté reafirmada y delineada dentro de un orden adulto de cosas que al mismo tiempo reafirma y delinea la voluntad de los

otros, tiene una salvaguardia institucional en el *principio de la ley y el orden*. En la vida diaria tanto como en los tribunales superiores de justicia —nacionales e internacionales— este principio asigna a cada uno sus privilegios y limitaciones, sus obligaciones y sus derechos. Un sentido de dignidad apropiada y de independencia legítima por parte de los adultos que lo rodean, proporciona al niño de buena voluntad la expectativa confiada de que la clase de autonomía promovida en la infancia no llevará a una duda o vergüenza indebida en la vida posterior. Así, el sentimiento de autonomía fomentado en el niño y modificado a medida que la vida avanza, sirve para la preservación en la vida económica y política de un sentido de la justicia, y a su vez es fomentado por este último.

3. INICIATIVA VERSUS CULPA

En todas las etapas hay en cada niño un nuevo milagro de desenvolvimiento vigoroso, que constituye una nueva esperanza y una nueva responsabilidad para todos. Tal es el sentido y la cualidad esencial de la iniciativa. Los criterios para todos estos sentidos y cualidades son los mismos: una crisis, más o menos caracterizada por tanteos y temores, se resuelve en tanto el niño parece repentinamente "integrarse", tanto en su persona como en su cuerpo. Parece "más él mismo", más cariñoso, relajado y brillante en su juicio, más activo y activador. Está en libre posesión de un excedente de energía que le permite olvidar rápidamente los fracasos y encarar lo que parece deseable (aunque también parezca incierto e incluso peligroso), con un sentido direccional íntegro y más preciso. La iniciativa agrega a la autonomía la cualidad de la empresa, el planeamiento y el "ataque" de una tarea por el mero hecho de estar activo y en movimiento, cuando anteriormente el empecinamiento inspiraba las más de las veces actos de desafío o, por lo menos, protestas de independencia.

Sé que para muchos la palabra "iniciativa" tiene una connotación norteamericana e industrial. Con todo, la iniciativa es una parte necesaria de todo acto, y el hombre necesita un sentido de la iniciativa para todo lo que aprende y hace, desde recoger fruta hasta un sistema empresario.

La etapa ambulatoria y la de la genitalidad infantil suman al inventario de modalidades sociales básicas la de "conquistar", primero en el sentido de "buscar el propio beneficio"; no hay para expresarlo ninguna palabra más simple y más intensa; sugiere placer en el ataque y la conquista. En el varón, el acento permanece

puesto en los modos fálico-intrusivos; en la niña, se vuelca a modos de "atrapar" con una actitud más agresiva de arrebatar o en la forma más sutil de hacerse atractiva y despertar afecto.

El peligro de esta etapa radica en un sentimiento de culpa con respecto a las metas planeadas y los actos iniciados en el propio placer exuberante experimentado ante el nuevo poder locomotor y mental: los actos de manipulación y coerción agresivas que pronto van mucho más allá de la capacidad ejecutiva del organismo y la mente y, por lo tanto, requieren una detención enérgica de la iniciativa planeada. Mientras que la autonomía tiene como fin mantener alejados a los rivales potenciales y, por lo tanto, puede llevar a una rabia llena de celos dirigida la mayoría de las veces contra los hermanos menores, la iniciativa trae apareada la rivalidad anticipatoria con los que han llegado primero y pueden, por lo tanto, ocupar con su equipo superior el campo hacia el que está dirigida la propia iniciativa. Los celos y la rivalidad infantiles, esos intentos a menudo amargos y no obstante esencialmente inútiles por delimitar una esfera de privilegio indiscutido, alcanzan ahora su culminación en una lucha final por una posición de privilegio frente a la madre; el habitual fracaso lleva a la resignación, la culpa y la ansiedad. El niño tiene fantasías de ser un gigante y un tigre, pero en sus sueños huye aterrorizado en defensa de su vida. Esta es, entonces, la etapa del "complejo de castración", el temor intensificado de comprobar que los genitales, ahora enérgicamente erotizados, han sufrido un daño como castigo por las fantasías relacionadas con su excitación.

La sexualidad infantil y el tabú del incesto, el complejo de castración y el superyó, se unen aquí para provocar esa crisis específicamente humana durante la cual el niño debe dejar atrás su apego exclusivo y pregenital a los padres e iniciar el lento proceso de convertirse en un progenitor y en un portador de la tradición. Aquí se produce la más terrible división y transformación en la central energética emocional, una división entre la gloria humana potencial y la destrucción total potencial, pues aquí el niño queda dividido para siempre en su interior. Los fragmentos instintivos que antes habían fomentado el crecimiento de su cuerpo y su mente infantiles ahora se dividen en un grupo infantil que perpetúa la exuberancia de los potenciales del crecimiento y un grupo correspondiente a los padres que sustenta e incrementa la autoobservación, la autoorientación y el autocastigo.

Una vez más se trata de un problema de regulación mutua. Cuando el niño, tan dispuesto ahora a sobremanipularse, puede desarrollar gradualmente un sentido de responsabilidad moral, cuando puede alcanzar cierta comprensión de las instituciones, las

funciones y los roles que permiten su participación responsable, encuentra un logro placentero en el manejo de herramientas y armas, de juguetes significativos y en el cuidado de los niños más pequeños.

Naturalmente, la serie correspondiente a los padres es al principio de naturaleza infantil: el hecho de que la conciencia humana siga siendo parcialmente infantil durante toda la vida constituye el núcleo de la tragedia humana, pues el superyó del niño puede ser primitivo, cruel e inflexible, como se observa en los casos donde los niños se sobrecontrolan y se sobrerrestringen hasta el punto de la autoanulación; los casos en que manifiestan una sobreobediencia más literal que la que el progenitor había deseado provocar o en los que desarrollan profundas regresiones y resentimientos perdurables porque los padres mismos no parecen vivir a la altura de la nueva conciencia. Uno de los conflictos más profundos en la vida es el odio hacia el progenitor que sirvió como modelo y ejecutor del superyó pero al que, en alguna forma, se descubrió tratando de realizar impunemente las mismas transgresiones que el niño ya no puede tolerar en sí mismo. La suspicacia o la ambigüedad que en esa forma se mezcla con la cualidad de todo o nada del superyó, este órgano de tradición moral, hace del hombre moral (en el sentido moralista) un gran peligro potencial para su propio yo, y para el de sus semejantes.

En la patología adulta, el conflicto residual relativo a la iniciativa se expresa en la negación histérica, que provoca la represión del deseo o la anulación de su órgano ejecutivo mediante la parálisis, la inhibición o la impotencia; o bien en el exhibicionismo sobrecompensatorio, en el que el individuo atemorizado, tan ansioso por "ocultarse", "asoma la cabeza" en cambio. Hoy en día también es común una zambullida en la enfermedad psicosomática. Es como si la cultura hubiera llevado al hombre a sobrepublicitarse e identificarse así con su propia propaganda, en el sentido de que sólo la enfermedad puede ofrecerle una vía de salida.

Pero tampoco en este caso debemos pensar exclusivamente en la psicopatología individual, sino en la central energética interna de rabia que debe estar sumergida durante esta etapa, tal como algunas de las esperanazs más caras y las fantasías más desenfrenadas quedan reprimidas e inhibidas. La sensación de "virtud" resultante —a menudo la principal recompensa para la bondad— más tarde puede volcarse intolerantemente contra los demás bajo la forma de una supervisión moralista permanente, de modo que el empeño predominante llega a ser la prohibición y no la orientación de la iniciativa. Por otro lado, incluso la iniciativa del

hombre moral tiende a rebasar los límites de la autorrestricción, permitiéndole hacer a los demás, en su país o en otro, lo que no haría ni toleraría en su propio hogar.

En vista de los peligros potenciales inherentes a la prolongada infancia del hombre, conviene volver a examinar las primeras etapas de la vida y las posibilidades de guiar a los jóvenes mientras aún lo son. Y aquí observamos que, de acuerdo con la sabiduría del plan básico, el niño no está en ningún otro momento tan dispuesto a aprender rápida y ávidamente, a hacerse más grande en el sentido de compartir la obligación y la actividad, que durante este período de su desarrollo. Está ansioso y es capaz de hacer las cosas en forma cooperativa, de combinarse con otros niños con el propósito de construir y planear, y está dispuesto a aprovechar a sus maestros y a emular los prototipos ideales. Desde luego, permanece identificado con el progenitor del mismo sexo, pero por el momento busca oportunidades donde la identificación en el trabajo parece prometer un campo de iniciativa sin demasiado conflicto infantil o culpa edípica, y una identificación más realista basada en un espíritu de igualdad experimentada en el hecho de hacer cosas juntos. De cualquier manera, la etapa "edípica" trae apareada no sólo el establecimiento opresivo de un sentido moral que limita el horizonte de lo permisible, sino que también determina la dirección hacia lo posible y lo tangible que permite que los sueños de la temprana infancia se vinculen a las metas de una vida adulta activa. Por lo tanto, las instituciones sociales ofrecen a los niños de esta edad un *ethos económico*, en la forma de adultos ideales a los que es posible reconocer por sus uniformes y sus funciones, y que resultan lo suficientemente fascinantes como para reemplazar a los héroes del libro ilustrado y el cuento de hadas.

4. INDUSTRIA VERSUS INFERIORIDAD

Así, el escenario interior parece preparado para "la entrada a la vida", pero la vida debe ser primero vida escolar, sea la escuela una pradera, una selva o un aula. El niño debe olvidar las esperanzas y deseos pasados, al tiempo que su exuberante imaginación se ve domesticada y sometida a las leyes de las cosas impersonales. Pues antes de que el niño, que ya es psicológicamente un progenitor rudimentario, pueda convertirse en un progenitor biológico, debe comenzar por ser un trabajador y un proveedor potencial. Con el período de latencia que se inicia, el niño de desarrollo normal olvida, o más bien sublima, la necesidad de conquistar a las personas mediante el ataque directo o de convertirse en papá y mamá en forma apresurada: ahora aprende a obtener reconocimiento mediante la producción de cosas. Ha dominado el campo ambulatorio y los modos orgánicos. Ha experimentado un sentimiento de finalidad con respecto al hecho de que no hay un futuro practicable dentro del vientre de su familia, y así está dispuesto a aplicarse a nuevas habilidades y tareas, que van mucho más allá de la mera expresión juguetona de sus modos orgánicos o el placer que le produce el funcionamiento de sus miembros. Desarrolla un sentido de la industria, esto es, se adapta a las leyes inorgánicas del mundo de las herramientas. Puede convertirse en una unidad ansiosa y absorta en una situación productiva. Completar una situación productiva constituye una finalidad que gradualmente reemplaza a los caprichos y los deseos del juego. Los límites de su yo incluyen sus herramientas y habilidades: el principio del trabajo (Ives Hendrick) le enseña el placer de completar el trabajo mediante una atención sostenida y una diligencia perseverante. En esta etapa, los niños de todas las culturas reciben alguna *instrucción sistemática* aunque, como vimos en el capítulo sobre los indios norteamericanos, no se imparte siempre en el tipo de escuela que las personas alfabetizadas deben organizar en torno de maestros especiales que han aprendido a enseñar a leer y a escribir. En los pueblos prealfabetos y en las actividades que nada tienen que ver con leer y escribir, se aprende mucho de los adultos que se convierten en maestros a través de un don y una inclinación y no de un nombramiento, y quizás la mayor parte se aprende de los niños mayores. Así, se desarrollan los *elementos fundamentales de la tecnología*, a medida que el niño adquiere capacidad para manejar los utensilios, las herramientas y las armas que utiliza la gente grande. Los individuos educados, con carreras más especializadas, deben preparar al niño enseñándole fundamentalmente a leer y a escribir, la educación más amplia posible para el mayor número de carreras posible. Cuanto más confusa se vuelve la especialización, sin embargo, más indistintas son las metas eventuales de la iniciativa, y cuando más complicada es la realidad social, más vagos resultan en ella los roles del padre y de la madre. La escuela parece ser una cultura por sí sola, con sus propias metas y límites, sus logros y sus desencantos.

El peligro del niño en esta etapa radica en un sentimiento de inadecuación e inferioridad. Si desespera de sus herramientas y habilidades o de su *status* entre sus compañeros, puede renunciar a la identificación con ellos y con un sector del mundo de las herramientas. El hecho de perder toda esperanza de tal asociación

"industrial" puede hacerlo regresar a la rivalidad familiar más aislada, menos centrada en las herramientas, de la época edípica. El niño desespera de sus dotes en el mundo de las herramientas y en la anatomía, y se considera condenado a la mediocridad o a la inadecuación. Es en ese momento que la sociedad más amplia se vuelve significativa en cuanto a sus maneras de admitir al niño a una comprensión de los roles significativos en su tecnología y economía. El desarrollo de más de un niño se ve desbaratado cuando la vida familiar no ha logrado prepararlo para la vida escolar, o cuando ésta no alcanza a cumplir las promesas de las etapas previas.

Con respecto al período en que se desarrolla un sentido de la industria, me he referido a *obstáculos internos y externos* en el uso de nuevas capacidades, pero no a las complicaciones que implican nuevos impulsos humanos, ni a la rabia sumergida que resulta de su frustración. Esta etapa difiere de las anteriores en tanto no se trata de una oscilación desde un cataclismo interior hacia un nuevo dominio. Freud la denomina la etapa de latencia porque los impulsos violentos están normalmente inactivos. Pero se trata tan sólo de un momento de calma antes de la tormenta de la pubertad, cuando todos los impulsos previos reemergen en una nueva combinación, para caer bajo el dominio de la genitalidad.

Por otro lado, se trata de una etapa muy decisiva desde el punto de vista social: puesto que la industria implica hacer cosas junto a los demás y con ellos, en esta época se desarrolla un primer sentido de la división del trabajo y de la oportunidad diferencial, esto es, del *ethos tecnológico* de una cultura. En la última sección señalamos el peligro que amenaza al individuo y a la sociedad cuando el escolar comienza a sentir que el color de su piel, el origen de sus padres o el tipo de ropa que lleva, y no su deseo y su voluntad de aprender, determinan su valor como aprendiz, y por lo tanto, su sentimiento de *identidad* que ahora debemos considerar. Pero hay otro peligro, más fundamental, a saber, la autorrestricción del hombre y la limitación de sus horizontes a fin de que incluyan sólo su trabajo, al que, como dice la Biblia, ha sido condenado después de su expulsión del paraíso. Si acepta el trabajo como su única obligación, y "lo eficaz" como el único criterio de valor, puede convertirse en el conformista y el esclavo irreflexivo de su tecnología y de quienes se encuentran en situación de explotarla.

5. IDENTIDAD VERSUS CONFUSION DE ROL

Con el establecimiento de una buena relación inicial con el mundo de las habilidades y las herramientas y con el advenimiento de la pubertad, la infancia propiamente dicha llega a su fin. La juventud comienza. Pero en la pubertad y la adolescencia todas las mismidades y continuidades en las que se confiaba previamente vuelven a ponerse hasta cierto punto en duda, debido a una rapidez del crecimiento corporal que iguala a la de la temprana infancia, y a causa del nuevo agregado de la madurez genital. Los jóvenes que crecen y se desarrollan, enfrentados con esta revolución fisiológica en su interior, y con tareas adultas tangibles que los aguardan, se preocupan ahora fundamentalmente por lo que parecen ser ante los ojos de los demás en comparación con lo que ellos mismos sienten que son, y por el problema relativo a relacionar los roles y las aptitudes cultivadas previamente con los prototipos ocupacionales del momento. En su búsqueda de un nuevo sentimiento de continuidad y mismidad, los adolescentes deben volver a librar muchas de las batallas de los años anteriores, aun cuando para hacerlo deban elegir artificialmente a personas bien intencionadas para que desempeñen los roles de adversarios; y están siempre dispuestos a establecer ídolos e ideales perdurables como guardianes de una identidad final.

La integración que ahora tiene lugar bajo la forma de identidad yoica es, como ya se señaló, más que la suma de las identificaciones infantiles. Es la experiencia acumulada de la capacidad del yo para integrar todas las identificaciones con las vicisitudes de la libido, con las aptitudes desarrolladas a partir de lo congénito y con las oportunidades ofrecidas en los roles sociales. El sentimiento de identidad yoica, entonces, es la confianza acumulada en que la mismidad y la continuidad interiores preparadas en el pasado encuentren su equivalente en la mismidad y la continuidad del significado que uno tiene para los demás, tal como se evidencia en la promesa tangible de una "carrera".

El peligro de esta etapa es la confusión de rol [89]. Cuando ésta se basa en una marcada duda previa en cuanto a la propia identidad sexual, los episodios delincuentes y abiertamente psicóticos no son raros. Si se los diagnostica y trata correctamente, tales incidentes no tienen la misma significación fatal que encierran a otras edades. En la mayoría de los casos, sin embargo, lo que

[89] Véase "The Problem of Ego-Identity", *J. Amer. Psa. Assoc.*, 4:56-121.

perturba a la gente joven es la incapacidad para decidirse por una identidad ocupacional. Para evitar la confusión, se sobreidentifican temporariamente, hasta el punto de una aparente pérdida completa de la identidad, con los héroes de las camarillas y las multitudes. Esto inicia la etapa del "enamoramiento", que no es en modo alguno total o siquiera primariamente sexual, salvo cuando las costumbres así lo exigen. En grado considerable, el amor adolescente constituye un intento por llegar a una definición de la propia identidad proyectando la propia imagen yoica difusa en otra persona y logrando así que se refleje y se aclare gradualmente. A ello se debe que una parte tan considerable del amor juvenil consista en conversación.

La gente joven también puede ser notablemente exclusivista, y cruel con todos los que son "distintos", en el color de la piel o en la formación cultural, en los gustos y las dotes, y a menudo en detalles insignificantes de la vestimenta y los gestos que han sido temporariamente seleccionados como los signos que caracterizan al que pertenece al grupo y al que es ajeno a él. Resulta importante comprender (lo cual no significa perdonar o compartir) tal intolerancia como una defensa contra una confusión en el sentimiento de identidad. Los adolescentes no sólo se ayudan temporariamente unos a otros a soportar muchas dificultades formando pandillas, convirtiéndose en estereotipos, y haciendo lo mismo con sus ideales y sus enemigos, sino que también ponen a prueba perversamente la mutua capacidad para la fidelidad. La facilidad con que se aceptan tales pruebas explica, asimismo, la atracción que las doctrinas totalitarias simples y crueles ejercen sobre la mente de los jóvenes en los países y las clases que han perdido o están perdiendo sus identidades grupales (feudal, agraria, tribal, nacional) y enfrentan la industrialización mundial, la emancipación y la comunicación más amplia.

La mente adolescente es esencialmente una mente del *moratorium*, una etapa psicosocial entre la infancia y la adultez, y entre la moral aprendida por el niño y la ética que ha de desarrollar el adulto. Es una mente ideológica y, de hecho, es la visión ideológica de la sociedad la que habla más claramente al adolescente ansioso por verse afirmado por sus iguales y listo para verse confirmado a través de rituales, credos y programas que, al mismo tiempo, definen el mal, lo incomprensible y lo hostil. Por lo tanto, al buscar los valores sociales que guían la identidad, uno enfrenta los problemas de la *ideología* y la *aristocracia*, ambos en su sentido más amplio posible, según el cual, dentro de una imagen definida del mundo y un curso predestinado de la historia, los mejores individuos llegarán al poder, y éste desarrolla lo mejor

que hay en la gente. Para no caer en el cinismo o en la apatía, los jóvenes deben ser capaces de convencerse de que quienes triunfan en su mundo adulto anticipado tienen así la obligación de ser los mejores. Examinaremos más tarde los peligros que emanan de los ideales humanos sometidos al manejo de las supermáquinas, estén éstas guiadas por ideologías nacionalistas o internacionales, comunistas o capitalistas. En la última parte de este libro consideraremos la forma en que las revoluciones de nuestra época intentan resolver y también explotar la profunda necesidad de la juventud de redefinir su identidad en un mundo industrializado.

6. INTIMIDAD VERSUS AISLAMIENTO

La fortaleza adquirida en cualquier etapa se pone a prueba ante la necesidad de trascenderla de modo tal que el individuo pueda arriesgar en la etapa siguiente lo que era más vulnerablemente precioso en la anterior. Así, el adulto joven, que surge de la búsqueda de identidad y la insistencia en ella, está ansioso y dispuesto a fundir su identidad con la de otros. Está preparado para la intimidad, esto es, la capacidad de entregarse a afiliaciones y asociaciones concretas y de desarrollar la fuerza ética necesaria para cumplir con tales compromisos, aun cuando éstos pueden exigir sacrificios significativos. Ahora el cuerpo y el yo deben ser los amos de los modos orgánicos y de los conflictos nucleares, a fin de poder enfrentar el temor a la pérdida yoica en situaciones que exigen autoabandono: en la solidaridad de las afiliaciones estrechas, en los orgasmos y las uniones sexuales, en la amistad íntima y en el combate físico, en experiencias de inspiración por parte de los maestros y de intuición surgida de las profundidades del sí mismo. La evitación de tales experiencias debido a un temor a la pérdida del yo puede llevar a un profundo sentido de aislamiento y a una consiguiente autoabsorción.

La contraparte de la intimidad es el distanciamiento: la disposición a aislar y, de ser ello necesario, a destruir aquellas fuerzas y personas cuya esencia parece peligrosa para la propia, y cuyo "territorio" parece rebasar los límites de las propias relaciones íntimas. Los prejuicios así desarrollados (y utilizados y explotados en la política y en la guerra) constituyen un producto más maduro de las repudiaciones más ciegas que durante la lucha por la identidad establecen una diferencia neta y cruel entre lo familiar y lo foráneo. El peligro de esta etapa es que las relaciones íntimas, competitivas y combativas se experimentan con y contra las mismas personas. Pero, a medida que se van delineando las áreas

del deber adulto, y a medida que se diferencian el choque competitivo y el abrazo sexual, quedan eventualmente sometidas a ese *sentido ético* que constituye la característica del adulto.

En términos estrictos, recién ahora puede desarrollarse plenamente la *verdadera genitalidad*, pues gran parte de la vida sexual que precede a estos compromisos corresponde a la búsqueda de identidad, o está dominada por las tendencias fálicas o vaginales que hacen de la vida sexual una suerte de combate genital. Por otro lado, con excesiva frecuencia se describe la genitalidad como un estado permanente de dicha sexual recíproca. Éste, entonces, puede ser el lugar adecuado para completar nuestro examen de la genitalidad.

A fin de lograr una orientación básica en esta cuestión, citaré lo que ha llegado hasta mí como la declaración más breve de Freud. A menudo se afirma, y los malos hábitos de conversación parecen corroborarlo, que el psicoanálisis como terapéutica intenta convencer al paciente de que sólo tiene una obligación frente a Dios y a sus semejantes: tener buenos orgasmos, con un "objeto" adecuado y en forma regular. Desde luego, esto es falso. Alguien le preguntó cierta vez a Freud qué pensaba que una persona normal debía ser capaz de hacer para vivir bien. Es probable que el interlocutor esperara una respuesta complicada. Pero Freud, en el tono brusco de sus antiguos días, respondió, según se afirma: *Lieben und arbeiten* (amar y trabajar). Conviene meditar sobre esta simple fórmula; se vuelve más profunda a medida que se reflexiona sobre ella. Pues cuando Freud dijo "amor", se refería al amor *genital* y al *amor* genital; cuando dijo amor *y* trabajo, se refirió a una productividad general en el trabajo que no preocuparía al individuo hasta el punto de hacerlo perder su derecho o su capacidad de ser genital y capaz de amar. Así, podemos reflexionar sobre ella, pero no mejorar la fórmula del "profesor".

La genitalidad, entonces, consiste en la capacidad plena para desarrollar una potencia orgástica tan libre de interferencias pregenitales que la libido genital (no sólo los productos sexuales descargados a través de las "vías de salida" de Kinsey) se exprese en la mutualidad heterosexual, con plena sensibilidad tanto del pene como de la vagina, y con una descarga de tipo convulsiva de la tensión en todo el cuerpo. Esta es una manera bastante concreta de decir algo sobre un proceso que en realidad no comprendemos. Para expresarlo en términos más situacionales: el hecho total de encontrar, a través del torbellino culminante del orgasmo, una experiencia suprema de la regulación mutua de dos seres, de alguna manera anula las hostilidades y la rabia potenciales provocadas por la oposición entre masculino y femenino, realidad y fantasía, amor y odio. Así, las relaciones sexuales satisfactorias hacen el sexo menos obsesivo, la sobrecompensación, menos necesaria y los controles sádicos, superfluos.

Preocupado como estaba por los aspectos curativos, el psicoanálisis a menudo descuidó formular el problema de la genitalidad en una forma significativa para los procesos de la sociedad en todas las clases, las naciones y los niveles culturales. El tipo de mutualidad en el orgasmo que el psicoanálisis tiene en cuenta aparentemente se obtiene con facilidad en clases y culturas que han hecho de él una institución del ocio. En las sociedades más complejas, esta mutualidad está obstaculizada por tantos factores relativos a la salud, la tradición, la oportunidad y el temperamento, que la formulación adecuada de la salud sexual sería más bien ésta: un ser humano debe ser potencialmente capaz de lograr la mutualidad del orgasmo genital, pero también estar constituido de tal modo que pueda soportar un cierto monto de frustración sin una indebida regresión, toda vez que la preferencia emocional o consideraciones relativas al deber y la lealtad la hagan imperativa.

Si bien el psicoanálisis ha ido a veces demasiado lejos en la importancia que atribuye a la genitalidad como cura universal para la sociedad, y ha proporcionado así una nueva adicción y un nuevo bien de consumo a muchos que deseaban interpretar así sus enseñanzas, no siempre ha indicado todas las metas que la genitalidad debe en realidad implicar. A fin de encerrar una significación social perdurable, la utopía de la genitalidad debería incluir:

1. mutualidad del orgasmo;
2. con un compañero amado;
3. del otro sexo;
4. con quien uno puede y quiere compartir una confianza mutua;
5. y con el que uno puede y quiere regular los ciclos de
   a) el trabajo;
   b) la procreación;
   c) la recreación;
6. a fin de asegurar también a la descendencia todas las etapas de un desarrollo satisfactorio.

Es evidente que semejante logro utópico en gran escala no puede constituir una tarea individual o, de hecho, terapéutica. Tampoco se trata en modo alguno de un problema puramente sexual. Es parte integral del estilo que una cultura tiene para la selección, la cooperación y la competencia sexuales.

El peligro de esta etapa es el aislamiento, esto es, la evitación de contactos que llaman a la intimidad. En psicopatología, ese trastorno puede llevar a serios "problemas de carácter". Por otro lado, hay vínculos que equivalen a un aislamiento *à deux*, que protegen a sus integrantes de la necesidad de enfrentar el nuevo desarrollo crítico, el de la generatividad.

7. GENERATIVIDAD VERSUS ESTANCAMIENTO

En este libro el acento está puesto en las etapas de la infancia; de no ser así, la sección correspondiente a la generatividad sería necesariamente esencial, pues este término abarca el desarrollo evolutivo que ha hecho del hombre el animal que enseña e instituye, así como el que aprende. La insistencia, muy de moda hoy día, en dramatizar la dependencia de los niños con respecto a los adultos a menudo nos hace pasar por alto la dependencia que la generación más vieja tiene con respecto a la más joven. El hombre maduro necesita sentirse necesitado, y la madurez necesita la guía y el aliento de aquello que ha producido y que debe cuidar.

La generatividad, entonces, es en esencia la preocupación por establecer y guiar a la nueva generación, aunque hay individuos que, por alguna desgracia o debido a dotes especiales y genuinas en otros sentidos, no aplican este impulso a su propia descendencia. Y, de hecho, el concepto de generatividad incluye sinónimos más populares tales como *productividad* y *creatividad* que, sin embargo, no pueden reemplazarlo.

El psicoanálisis necesitó algún tiempo para comprender que la capacidad de perderse en el encuentro entre dos cuerpos y dos mentes lleva a una expansión gradual de los intereses del yo y a una inversión libidinal en aquello que se genera en esa forma. La generatividad constituye así una etapa esencial en el desarrollo psicosexual y también en el psicosocial. Cuando tal enriquecimiento falta por completo, tiene lugar una regresión a una necesidad obsesiva de pseudointimidad, a menudo con un sentimiento general de estancamiento y empobrecimiento personal. Los individuos, entonces, comienzan a tratarse a sí mismos como si fueran su propio y único hijo y, cuando las condiciones los favorecen, la temprana invalidez física o psicológica se convierte en el vehículo de esa autopreocupación. El mero hecho de tener o incluso de desear tener hijos, sin embargo, no basta para alcanzar la generatividad. De hecho, parecería que algunos padres jóvenes sufren a causa de la demora con que aparece la capacidad para desarrollar esta etapa. Las razones se encuentran a menudo en las impresiones

de la temprana infancia, en un excesivo autoamor basado en una personalidad demasiado laboriosamente autofabricada, y por último (y aquí volvemos al principio) en la falta de alguna fe, de una alguna "creencia en la especie", que convirtiera a un niño en una responsabilidad que la comunidad acoge de buen grado.

En cuanto a las instituciones que protegen y refuerzan la generatividad, sólo cabe decir que todas las instituciones codifican la ética de la sucesión generativa. Incluso cuando la tradición filosófica y espiritual sugiere el renunciamiento al derecho a procrear o a producir, ese temprano vuelco a "las cuestiones últimas", cuando está instituido en los movimientos monásticos, tiende a resolver al mismo tiempo el problema de su relación con el Cuidado de las criaturas de este mundo y con la Caridad que lo trasciende.

Si éste fuera un libro sobre la vida adulta, resultaría indispensable y provechoso comparar ahora las teorías económicas y psicológicas (comenzando con las extrañas convergencias y divergencias entre Marx y Freud) y pasar luego a examinar la relación del hombre con su producción así como con su progenie.

8. INTEGRIDAD DEL YO VERSUS DESESPERACIÓN

Sólo en el individuo que en alguna forma ha cuidado de cosas y personas y se ha adaptado a los triunfos y las desilusiones inherentes al hecho de ser el generador de otros seres humanos o el generador de productos e ideas, puede madurar gradualmente el fruto de estas siete etapas. No conozco mejor término para ello que el de integridad del yo. A falta de una definición clara, señalaré unos pocos elementos que caracterizan dicho estado. Es la seguridad acumulada del yo con respecto a su tendencia al orden y el significado. Es un amor postnarcisista del yo humano —no el sí mismo— como una experiencia que transmite un cierto orden del mundo y sentido espiritual, por mucho que se haya debido pagar por ella. Es la aceptación del propio y único ciclo de vida como algo que debía ser y que, necesariamente, no permitía sustitución alguna: significa así un amor nuevo y distinto hacia los propios padres. Es una camaradería con las formas organizadoras de épocas remotas y con actividades distintas, tal como se expresan en los productos y en los dichos simples de tales tiempos y actividades. Aunque percibe la relatividad de los diversos estilos de vida que han otorgado significado al esfuerzo humano, el poseedor de integridad está siempre listo para defender la dignidad de su propio estilo de vida contra toda amenaza física y económica. Pues

sabe que una vida individual es la coincidencia accidental de sólo un ciclo de vida con sólo un fragmento de la historia; y que para él toda integridad humana se mantiene o se derrumba con ese único estilo de integridad de que él participa. El estilo de integridad desarrollado por su cultura o su civilización se convierte así en el "patrimonio de su alma", el sello de su paternidad moral de sí mismo (*...pero el honor / Es patrimonio del alma*: Calderón). En esa consolidación final, la muerte pierde carácter atormentador.

La falta o la pérdida de esta integración yoica acumulada se expresa en el temor a la muerte: no se acepta el único ciclo de vida como lo esencial de la vida. La desesperación expresa el sentimiento de que ahora el tiempo que queda es corto, demasiado corto para intentar otra vida y para probar caminos alternativos hacia la integridad. El malestar consigo mismo oculta la desesperación, las más de las veces bajo la forma de mil pequeñas sensaciones de malestar que no equivalen a un gran remordimiento: *mille petits dégôuts de soi, dont le total ne fait pas un remords, mais un gêne obscure.* (Rostand.)

Para convertirse en un adulto maduro, cada individuo debe desarrollar en grado suficiente todas las cualidades yoicas mencionadas, de modo que un indio sabio, un verdadero caballero y un campesino maduro comparten y reconocen unos en otros la etapa final de la integridad. Pero para desarrollar el estilo particular de integridad sugerido por su ubicación histórica, cada identidad cultural utiliza una combinación particular de estos conflictos, junto con provocaciones y prohibiciones específicas de la sexualidad infantil. Los conflictos infantiles se vuelven creadores sólo si cuentan con el firme apoyo de las instituciones culturales y las clases dirigentes especiales que las representan. A fin de acercarse a la integridad o de experimentarla, el individuo debe aprender a seguir a los portadores de imágenes en la religión y en la política, en el orden económico y en la tecnología, en la vida aristocrática y en las artes y las ciencias. Por lo tanto, la integridad yoica implica una integración emocional que permite la participación por consentimiento así como la aceptación de la responsabilidad del liderazgo.

El *Webster's Dictionary* tiene la gentileza de ayudarnos a completar este bosquejo en una forma circular. Confianza (el primero de nuestros valores yoicos) se define aquí como "la seguridad con respecto a la integridad de otro", el último de nuestros valores. Sospecho que Webster se refería a los negocios antes que a los niños, y al crédito antes que a la fe. Pero la formulación sigue

siendo válida. Y parece posible parafrasear aún más la relación entre la integridad adulta y la confianza infantil diciendo que los niños sanos no temerán a la vida si sus mayores tienen la integridad necesaria como para no temer a la muerte.

9. UN DIAGRAMA EPIGENÉTICO

En este libro el acento está puesto en las etapas de la infancia. Con todo, la concepción precedente del ciclo de vida necesita un tratamiento sistemático. Para prepararlo, concluiré este capítulo con un diagrama. En él, como en el diagrama de las zonas y modos pregenitales, la diagonal representa la secuencia normativa de adquisiciones psicosociales realizadas a medida que en cada etapa un nuevo conflicto nuclear agrega una nueva cualidad yoica, un nuevo criterio de fortaleza humana acumulada. Por debajo de la diagonal hay un espacio para los precursores de cada una de estas soluciones, todas las cuales existen desde el principio; sobre la diagonal hay un espacio para los derivados de esas adquisiciones y sus transformaciones en la personalidad ya madura y en maduración.

Los supuestos subyacentes a tal diagrama son: 1) que la personalidad humana se desarrolla en principio de acuerdo con pasos predeterminados en la disposición de la persona en crecimiento a dejarse llevar hacia un radio social cada vez más amplio, a tomar conciencia de él y a interactuar con él; 2) que la sociedad tiende en principio a estar constituida de tal modo que satisface y provoca esta sucesión de potencialidades para la interacción y de intentos para salvaguardar y fomentar el ritmo adecuado y la secuencia adecuada de su desenvolvimiento. Este es el "mantenimiento del mundo humano".

Pero un diagrama sólo es una herramienta que ayuda a pensar y no puede aspirar a ser una prescripción que debe seguirse, sea en la práctica de la educación infantil, en la psicoterapia o en la metodología del estudio del niño. Al presentar las etapas psicosociales bajo la forma de un *diagrama epigenético*, análogo al que se utilizó en el Capítulo 2 para un análisis de las etapas psicosexuales de Freud, lo hacemos teniendo en cuenta pasos metodológicos definidos y delimitados. Uno de los propósitos de este trabajo es el de facilitar la comparación de las etapas que Freud discernió en un principio como sexuales, con otros programas del desarrollo (físico, cognoscitivo). Pero todo diagrama delimita tan sólo un plan y no debe entenderse que nuestro bosquejo del pro-

grama psicosocial aspira a implicar oscuras generalidades con respecto a otros aspectos del desarrollo o incluso de la existencia. Si el diagrama, por ejemplo, enumera una serie de conflictos o crisis, no consideramos todo desarrollo como una serie de crisis: sólo afirmamos que el desarrollo psicosocial procede según pasos críticos, siendo lo "crítico" una característica de los cambios decisivos, de los momentos de elección entre el progreso y la regresión, la integración y el retardo.

Quizás convenga formular ahora las consecuencias metodológicas de una matriz epigenética. Los cuadrados de trazo más grueso sobre la diagonal significan tanto una secuencia de etapas como un desarrollo gradual de las partes constitutivas: en otras palabras, el diagrama formaliza una progresión a través del tiempo de una diferenciación de las partes. Ello indica: 1) que cada ítem crítico de fortaleza psicosocial considerado aquí es sistemáticamente relacionado con todos los demás, y que todos ellos dependen del desarrollo apropiado, en la secuencia adecuada, de cada ítem, y 2) que cada ítem existe en alguna forma antes de que llegue normalmente su momento crítico.

Si digo, por ejemplo, que una proporción favorable de confianza básica con respecto a la desconfianza básica constituye el primer paso en la adaptación psicosocial, y una proporción favorable de voluntad autónoma con respecto a la vergüenza y la duda, el segundo, la afirmación diagramática correspondiente, expresa un número de relaciones fundamentales que existen entre los dos pasos, así como algunos hechos esenciales para ambos. Cada uno de ellos llega a su culminación, enfrenta su crisis y encuentra su solución perdurable durante la etapa indicada. Pero todas deben existir desde el comienzo en alguna forma, pues todo acto requiere una integración de todos los otros actos. Asimismo, un niño puede mostrar algo similar a la "autonomía" desde el comienzo, en la forma particular en que intenta airadamente liberarse cuando se siente apretado. Con todo, en condiciones normales, sólo durante el segundo año comienza a experimentar toda la *oposición crítica que significa ser una criatura autónoma y, al mismo tiempo, dependiente*; y sólo entonces está listo para un encuentro decisivo con su medio ambiente, un ambiente que, a su vez, se siente llamado a transmitirle sus ideas y conceptos particulares de autonomía y coerción en formas que contribuyen decisivamente al carácter y la salud de su personalidad en su cultura. Es este encuentro, junto con la crisis resultante, lo que hemos descripto tentativamente en cada etapa. En cuanto al pasaje de una etapa a la siguiente, la diagonal indica la secuencia a seguir. Con todo, también deja lugar para variaciones en el ritmo y la intensidad. Un individuo, o una cultura, pueden demorarse excesivamente en la confianza y pasar de I1, salteando I2, a II2, o bien una progresión acelerada puede desplazarse desde I1, salteando II1, a II2. Con todo, se supone que cada una de tales aceleraciones o retardos (relativos) tiene una influencia modificadora sobre todas las etapas posteriores.

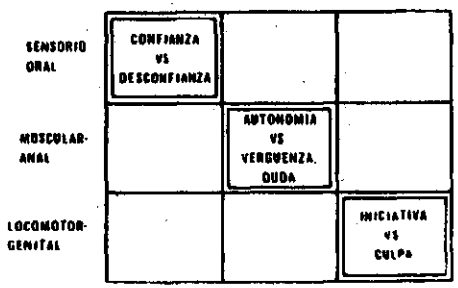

Fig. 11

Así, un diagrama epigenético presenta un sistema de etapas mutuamente dependientes; y si bien las etapas individuales pueden haber sido exploradas en forma más o menos completa o denominadas en forma más o menos adecuada, el diagrama sugiere que su estudio se efectúe teniendo siempre en cuenta la configuración total de las etapas. El diagrama invita, pues, a una elaboración de todos sus recuadros vacíos: si hemos anotado Confianza Básica en I1 e Integridad en VIII 8, dejamos planteado el interrogante en cuanto a qué podría haber llegado a ser la confianza en una etapa dominada por la necesidad de integridad, tal como lo hacemos en cuanto a las características que puede tener e incluso qué nombres puede recibir en la etapa dominada por una tendencia a la autonomía (II 1). Sólo queremos acentuar que la confianza debe haberse desarrollado por derecho propio, antes de convertirse en algo más que el encuentro crítico en el que se desarrolla la autonomía, y así sucesivamente, siguiendo la línea vertical. Si, en la última etapa (VIII 1) cabe esperar que la confianza se haya convertido en la *fe* más madura que una persona que envejece puede alcanzar en su marco cultural y su período histórico, el cuadro permite la consideración no sólo de lo que debe ser la ancianidad, sino también de cuáles deben haber sido sus etapas preparatorias. Todo esto debería poner en claro que un cuadro de

la epigénesis sugiere una forma global de pensar y repensar que deja los detalles relativos a la metodología y la terminología para un estudio ulterior [40].

SENSORIO ORAL	CONFIANZA vs. DESCONFIANZA							
MUSCULAR ANAL		AUTONOMIA vs. VERGUENZA, DUDA						
LOCOMOTOR-GENITAL			INICIATIVA vs. CULPA					
LATENCIA				INDUSTRIA vs. INFERIORIDAD				
PUBERTAD Y ADOLESCENCIA					IDENTIDAD vs. DIFUSION DEL ROL			
ADULTEZ JOVEN						INTIMIDAD vs. AISLAMIENTO		
ADULTEZ							GENERATIVIDAD vs. ESTANCAMIENTO	
MADUREZ								INTEGRIDAD vs. DISGUSTO DE SESPERACION

FIG. 12

[40] Para dejar esta cuestión realmente abierta, sería necesario evitar ciertos usos erróneos de toda esta concepción. Entre ellos está el supuesto de que el sentimiento de confianza (y todos los otros sentimientos "positivos" postulados) constituye un *logro*, alcanzado de una vez y para siempre en un estado determinado. De hecho, algunos autores están tan empeñados en construir una *escala de logros* a partir de estas etapas, que

omiten alegremente todos los sentimientos "negativos" (desconfianza básica, etc.), que son y siguen siendo durante toda la vida la contraparte dinamica de los "positivos". El supuesto de que en cada etapa se alcanza una bondad que es impermeable a nuevos conflictos internos y a las condiciones cambiantes constituye, según creo, una proyeccion en el desarrollo infantil de esa ideologia del exito que puede impregnar tan peligrosamente nuestras ensoñaciones privadas y públicas y puede volvernos ineptos en la lucha por una existencia significativa en una nueva era industrial de la historia. La personalidad lucha continuamente con los peligros de la existencia, tal como el metabolismo del cuerpo lo hace con el deterioro. Cuando llegamos a diagnosticar un estado de fortaleza relativa y los síntomas de su menoscabo, sólo enfrentamos más claramente las paradojas y las tragicas potencialidades de la vida humana.

El hecho de despojar a las etapas de todo salvo sus "logros" tiene su contraparte en los intentos por describirlas o estudiarlas como "rasgos" o "aspiraciones", sin construir primero un puente sistemático entre la concepcion propuesta en este libro y los conceptos predilectos de otros investigadores. Si lo dicho se parece a una queja, no tiene como fin disimular el hecho de que, al dar a esas fortalezas las designaciones por las cuales han adquirido en el pasado incontables connotaciones de bondad superficial, simpatía afectada y virtud demasiado esforzada, he contribuido a crear malentendidos y usos erróneos. Creo, con todo, que hay una relación intrínseca entre el yo y el lenguaje y que, a pesar de las vicisitudes pasajeras, ciertas palabras básicas conservan significados esenciales.

Desde entonces, he intentado formular para el *Humanist Frame* de Julian Huxley (Allen y Unwin, 1961; Harper & Brothers, 1962), un bosquejo de fortalezas esenciales que la evolución ha introducido tanto en el plan general de las etapas de la vida como en las instituciones del hombre. Si bien no puedo examinar aquí los problemas metodológicos involucrados (y agravados por mi uso del término "virtudes básicas"), debería incluir la lista de dichas fortalezas porque constituyen en realidad el resultado perdurable de las "proporciones favorables" mencionadas a cada paso en el capítulo sobre etapas psicosociales. Helas aquí:

Confianza básica versus desconfianza básica: impulso y *esperanza*.
Autonomía versus vergüenza y duda: autocontrol y *fuerza de voluntad*.
Iniciativa versus culpa: dirección y *propósito*.
Industria versus inferioridad: método y *capacidad*.
Identidad versus confusión de rol: devoción y *fidelidad*.
Intimidad versus aislamiento: afiliación y *amor*.
Generatividad versus estancamiento: producción y *cuidado*.
Integridad del yo versus desesperación: renunciamiento y *sabiduría*.

Las palabras en bastardilla se denominan virtudes *básicas* porque sin ellas, y su reemergencia de una generación a otra, todos los otros sistemas, más cambiantes, de valores humanos, pierden su espíritu y su penitencia. De esta lista, hasta ahora he podido dar una descripción más detallada sólo de la fidelidad (véase *Youth, Change and Challenge*, E. H. Erikson, editor, Basic Books, 1963). Pero una vez más, la lista representa una concepción total dentro de la cual hay amplia oportunidad para un examen de la terminología y la metodología. (E. H. E.)